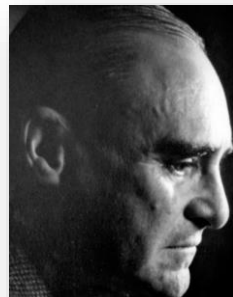


El método folklórico integral

Augusto Raúl Cortazar



En el curso de la exposición que antecede he tenido oportunidad de aplicar el procedimiento lógico inductivo, tomando como punto de partida la observación de los hechos, el análisis de la realidad, para arribar por fin, metódica y sistemáticamente, a las conclusiones resumidas en las páginas anteriores.

Culmina esta trayectoria expositiva en la visión integralista de los procesos folklóricos y en la propuesta de criterios específicos que permiten caracterizar, y por lo tanto reconocer, los fenómenos constitutivos de aquellos procesos.

Queda así cerrada la primera serie de inferencias doctrinarias anunciada al iniciar este capítulo. Como entonces decía, la segunda procurará demostrar, con el ejemplo concreto de este mismo libro, la viabilidad del **método integral** que he propuesto y practicado.

Este es el mensaje que dedico, con el mayor énfasis personal e intención cordialísima, a los folkloristas que con tanto éxito y brillo están consolidando los prestigios de la ciencia en todos los pueblos de América; lo dirijo también

a los aficionados, maestros y estudiantes, médicos y sacerdotes, periodistas y literatos, pintores y técnicos; en fin, a las personas cultas e inquietas que han sentido alguna vez el atractivo de esta ciencia apasionante y han querido pasar de la lectura subyugadora a la observación personal.

No insinúo con esto que todos deban preparar con riguroso método sólo monografías científicas. Bien venidos el relato y la crónica, el artículo y el boceto, la observación aislada y el dato salvado del olvido. Pero no creo ocioso someter a la consideración de todos un nuevo criterio, que sustento después de haberme identificado, a lo largo de tres lustros, con el valle nativo; luego de haber recorrido diversas regiones en mi país y fuera de él, leído muchos libros y dedicado múltiples horas a reflexionar sobre este problema, capital en la joven disciplina folklórica. Bastará con que ayude a formar conciencia del problema, aunque no se lleve personalmente el método a la práctica. Los afanes puestos en la empresa me parecerían compensados, si esta tesis suscitase meditaciones sobre el tema, acaso rectificaciones o sugerencias. Descontando que serán hechas con la misma sinceridad e intención límpida con que estas páginas se escriben, bienvenidas sean, para beneficio de nuestra ciencia, necesitada de obreros laboriosos y leales.

Expuestos ya los principios y fundamentados los criterios, llega el momento de recorrer brevemente la trayectoria inversa y explicar cómo puede llevarse a la práctica el *método integral*. Las conclusiones doctrinarias entran en acción. La teoría se aplica a la realidad. No hay temor de discordancia, pues el método no es impuesto apriorísticamente a las cosas, en virtud de una previa concepción o de dogmática actitud mental. Ha surgido como consecuencia de la observación de la realidad misma a la que ha de aplicarse y se pliega a sus formas con plástica armonía.

En el curso de esta obra hemos seguido abreviadamente esa misma trayectoria y en compañía del lector amigo extrajimos las conclusiones sobre las cuales se cimenta el método que propongo.



Muy sucintamente también, expondré aquí sus lineamientos generales, esperando que algún día, Dios mediante, tenga oportunidad de dar a conocer el libro que he dedicado al tema, y que elaboré durante años de apasionada consagración.

Punto de partida: localización y funcionalidad

Entre los caracteres que hemos ido destacando a medida que analizábamos la marcha de los procesos de folklorización, escojo dos que pueden constituir las más inmediatas bases de nuestro método: *funcionalidad y localización*. Si las expresiones folklóricas aparecen dondequiera engranadas en un conjunto cultural cuya unidad no es arbitrariamente seccionable; si cada una de aquellas es folklórica por haber demostrado a través del tiempo su aptitud para satisfacer, empírica y tradicionalmente, determinada necesidad colectiva; si tales necesidades, biológicas o psíquicas, se matizan y configuran por la acción compleja del paisaje; en una palabra, si los fenómenos folklóricos son funcionales y localizados, el método por medio del cual se pretende captarlos debe tender a enmarcar geográfica y culturalmente el ámbito de la investigación y a documentar luego, dentro de tales límites, no una especie o manifestación aislada de ese conjunto, sino todas las expresiones de carácter folklórico recolectables. En resumen, la investigación resultará geográficamente circunscrita y folklóricamente integral.

La exigencia primera del método consiste, por lo tanto, en elegir la región donde las investigaciones se llevarán a cabo. Como en los casos paralelos de otras ciencias (Arqueología o Botánica, Etnografía o Geología), se descuenta una información previa. Con la ayuda de lecturas, testimonios y propias observaciones, se trata de escoger, dentro de la extensión total del país, los sectores presuntivamente más ricos en manifestaciones tradicionales, más conservadores y replegados en su carácter y modo de vida, más típicos y recios en su personalidad colectiva. En una palabra, más adecuados para un estudio de esta índole.

Decidido el rumbo, delineados los límites del campo de trabajo, la primera exploración se torna minuciosa, se prolonga y amplía. Dentro del espacio ya demarcado pero todavía excesivamente extenso para llevar a cabo el proyectado estudio, será factible distinguir sin duda unidades geográficas que, como vimos, ayudan mucho a la resolución del problema; retomando los ejemplos ya sugeridos, bastaría recordar el caso de las islas pequeñas o los deltas no muy dilatados; los valles o quebradas en las zonas montañosas; sectores en las márgenes de ríos, lagos o lagunas; oasis desérticos o sus equivalentes pampeanos o puneños y aun las instalaciones en los claros de los bosques; los pueblecitos de pescadores en el litoral marítimo y muchos otros por el estilo. Puesto que el estudio que se intenta no es de geografía física, está de más advertir que aquellas unidades fisiográficas valen sólo como punto de referencia y siempre, desde luego, que estén pobladas y preferentemente por núcleos humanos allí establecidos desde fecha remota.

El desiderátum para el folklorista es intimar con el ambiente, penetrarse de las modalidades locales, aprehender la tónica general de la vida popular, que se desliza en el receptáculo geográfico, marco perceptible del conjunto. En cuanto al grupo humano, no siempre presentará límites tan nítidos como la naturaleza física, pero no faltan criterios que guíen en esta demarcación que es a veces una cuestión “de facto”.

El “conglomerado folklórico”

A esa compleja unidad, constituida por un grupo humano instalado en circunscripto lugar geográfico, al que amalgama una tradición común y cuyos miembros son copartícipes de una misma cultura, propongo que denominemos **conglomerado folklórico**.

Para determinarlo, el investigador mismo enfocará la zona más apropiada, el sector más típico, más rico en manifestaciones registrables, dentro del ámbito provisoriamente elegido, si resultara muy amplio, física y demográficamente para sus posibilidades concretas de trabajo. El folklorista apreciará su mayor o menor familiaridad con los fenómenos en estudio; tendrá en cuenta el número y calidad de los informantes; calculará sus medios de traslado y residencia; medirá el tiempo disponible; en fin, hará un resumen de la situación que le permita lograr el equilibrio, alcanzar una armoniosa proporción entre la realidad a estudiar y su posibilidad personal. El punto de mira, la preocupación dominante, ha de ser no desnaturalizar desnaturalizar la unidad del conglomerado folklórico, aunque no haya sido abarcado en toda su extensión. Siempre es posible un enfoque reducido que no desfigure la fisonomía del sujeto; por el contrario, en ocasiones se hace resaltar con más nitidez los rasgos esenciales concentrando en un punto la luz. Lo que en definitiva se anhela es que la investigación sea *integral* en el sentido ya dicho, de que tienda a conocer y documentar la compleja red de la vida folklórica local.

Resumido el sentido general del método propuesto, insisto, en cuanto a los alcances de la investigación, en que la concibo sólo con respecto a *ciertas etapas* de la trayectoria que debe cumplir el trabajo folklórico científico. Éste se inicia, como es obvio y se da por sobrentendido en cualquier ciencia, por la introducción teórica, el conocimiento general de la doctrina, la historia, la metodología. Superada la formación teórica y adquiridas las fundamentales nociones técnicas llega el momento de aplicar este complejo instrumental a un caso concreto de investigación sobre el terreno. Aquí comienza a entrar en juego la tesis que propongo.

Documentación integral

La iniciación de la tarea técnica sobre el campo no excluye desde luego el detenido conocimiento previo del terreno; esta circunstancia es siempre apetecible, y, de no existir, posterga necesariamente la investigación misma hasta que la compenetración del folklorista con el ambiente se haya logrado en extensión y profundidad.

El objetivo concreto que se persigue es el de *documentar* en su propio medio, con todo el rigor científico exigible, los fenómenos folklóricos. Para este fin preciso y en este solo ciclo de la investigación, considero aplicable el *método integral*.

La elección de un conglomerado folklórico reducido, y aun su limitación convencional hasta adecuarlo a las posibilidades concretas de cada caso, torna perfectamente factible el expandir la observación a todos los ámbitos de ese diminuto mundo folklórico y documentar cuantas manifestaciones de tal carácter pueda el investigador recoger o registrar.

Su proyección posterior

La etapa subsiguiente, que llamaré “investigación de gabinete”, es casi un complemento de la anterior y en cierto modo la integra. De poco valdrían aquellos datos tomados en el campo de trabajo, si no fueran clarificados, ordenados, clasificados. Es tarea que consiste simplemente en hacer accesibles y aprovechables los materiales obtenidos.

Todo esto se hace para emprender con las mayores probabilidades de éxito las etapas finales, es decir, el estudio monográfico, limitado en extensión e ilimitado en profundidad, de los aspectos que se consideren más representativos del conglomerado en estudio. Se presuponen el análisis, comparación, correlaciones, etc., hasta coronar el largo proceso con la síntesis precisa y la demostración rigurosa.

En estricto sentido, el “método integral” no es ya aplicable en estas etapas, que se orientan de acuerdo con la naturaleza del aspecto elegido para el estudio final. La poesía o las técnicas, los cuentos o las costumbres, la magia o la ergología, según sea el caso, exigirán directivas específicas y rumbos distintos.

Pero, no obstante, “el método integral” trasciende del momento de la documentación, en que con todo rigor es aplicable, y se convierte en condición del éxito de los estudios definitivos. Las razones aparecen claras. Ninguna conclusión o síntesis puede alcanzarse legítimamente sin tener absoluta seguridad personal de que los materiales utilizados son auténticos, fieles, objetivos. El método da énfasis y preeminencia a este requisito general, poniéndolo a cargo del propio folklorista y no admitiendo, salvo como simples auxiliares corroborantes, los testimonios ajenos no técnicos, máxime si son lejanos en el tiempo o en el espacio.

La segunda razón específica todavía más claramente hasta qué punto la práctica del método integral repercute en órbitas al parecer ajenas a las de su legítima aplicación. La naturaleza funcional de los fenómenos folklóricos acarrea la consecuencia de que todo estudio monográfico, por más serio y científico que sea, pierde gran parte de su eficacia si considera exclusivamente una especie o manifestación folklórica, sobre todo si lo hace sin referencia a una realidad determinada y concreta, localizable en un punto de la tierra. Todos los aspectos viven tan indisolublemente unidos, que resulta estéril interesarse sólo por uno, sin tener a la vista cuantos, de cerca o de lejos, influyen sobre él.

Ejemplos: la alimentación, el carnaval

El tema del folklore de la alimentación es un nítido ejemplo. A primera vista todo se reduce a compilar una especie de recetario de cocina, especificando cuáles son las comidas típicas y cómo se preparan. ¿Pero puede sólo esto constituir un estudio folklórico científico? No es posible desentenderse del ambiente natural y de las actividades humanas que

proporcionan los productos necesarios. Las recetas mismas implican una tradición, un remoto viajar, oral y anónimo, a través de las generaciones; supervivencias indubitables se presentan aquí con lozano vigor, a pesar de los siglos y los cambios culturales.

No basta, pues, saber qué se come y se bebe; el tema está exigiendo, con evidente imperio, la indagación de los usos y costumbres relacionados con la comida; la determinación de dónde y cuándo se come, según la diaria rutina hogareña o en ocasión de viajes, navegaciones, cacerías o trabajos alejados de la casa; esto implica a su vez el estudio de los medios de transporte de la comida propiamente dicha y de las sustancias destinadas a su elaboración; el folklore ergológico explicará cómo son y de qué manera se usan los utensilios, recipientes, etc., empleados tanto al preparar como al ingerir los alimentos; éstos deben ser con frecuencia conservados, lo cual va desarrollando, junto con las construcciones o accesorios especiales, una técnica apropiada.

La comida rebasa su propia materialidad para hacerse simbólica o ceremonial y sin ella no tendrían cabal interpretación diversas fiestas o ritos; el banquete fúnebre, las ofrendas propiciatorias o las prácticas mágicas son otros tantos aspectos, por cierto muy alejados del que dio origen a la búsqueda folklórica, pero no desechables en un estudio científico que aspire a presentar una imagen real de los fenómenos y explicarlos satisfactoriamente.

El asunto “comida” repercutirá con más o menos intensidad y persistencia en el mundo espiritual de los miembros del “conglomerado”, según la orientación, carácter, ideal de vida, etc., de la cultura en consideración; la trascendencia relativa que adquiere este tema en su vida y en su pensamiento, se aprecia, como a través de indicios, en la proporción y forma con que aparece en la conversación diaria, es decir, en el léxico, refranes, adivinanzas, dichos, cantos, etc. De ahí que sea menester revisar el cancionero y examinar prolijamente los cuentos y leyendas que, a fuerza de aquerenciarse en el lugar, reflejan en sus detalles y matices partículas de esa imagen total del conglomerado folklórico, meta que en definitiva procuramos alcanzar.

Pero ejemplo alguno sería más gráfico y demostrativo en este caso que el proporcionado por el carnaval.

Vuelvo aquí a requerir la compañía del lector para que recordemos los pasajes en que fueron evocados o descritos los diferentes aspectos. La sutil vibración colectiva que anuncia la proximidad de la fiesta, no podría ser captada sin conocer previamente el tono habitual de la vida en el lugar y sus manifestaciones cotidianas y rutinarias.

Las visitas, reuniones, acuerdos y convites alteran el ritmo íntimo de la existencia desde un mes antes y sin embargo pasarían inadvertidas para quien, extraño al ambiente, esperara confiado en la llegada de la fiesta para iniciar la observación.

La inquietud general se trasunta pronto en actividad, que, como sabemos, compromete a todos los artesanos y pone animación en todos los comercios. El carnaval es el secreto motor que activa las tareas de todos. No se puede por lo tanto ser ajeno a estas actividades confluentes, que implican el conocimiento de la indumentaria; del arte de la cerámica y del trenzado, del tejido y la platería; de la técnica en la fabricación de los instrumentos musicales y de las bebidas típicas; y así tantos aspectos oportunamente mencionados.

Hasta es preciso, para comprender muchas alusiones no siempre claras en los versos y en las creencias supersticiosas, conocer las características del clima y su manifestación durante el período estival en que la fiesta se celebra. Su resonancia llega a la alteración temporaria del régimen de trabajo, por la deserción unánime, y hasta trastorna la vida familiar, cuya organización normal es preciso tener presente para apreciar su alteración. Al margen de la familia existe el vínculo del compradazgo que da sentido al **topamiento**, como preámbulo carnavalero.

El estudio del canto y del baile lugareños, con sus modalidades y matices, explicables a veces por razones históricas o sociales, es ya por sí mismo tema

amplísimo; pero en este caso debe hacerse para subordinarlo al conjunto de la fiesta, de la cual pasan a ser sólo aspectos o factores.

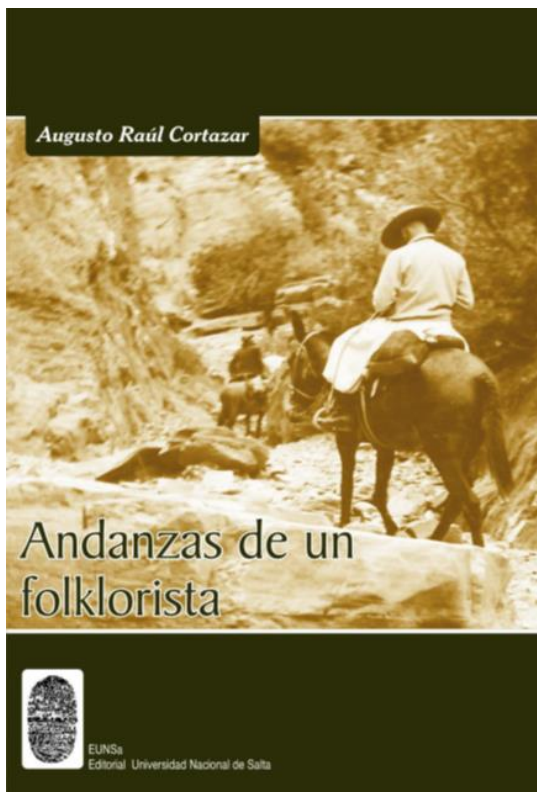
Y así también el fenómeno de la perdurabilidad y variación de los textos poéticos, que nos inducen, por una parte, a remontar la corriente cultural que les dio origen y llegar a la plenitud de la literatura española; y por otra, a conocer minucias del paisaje, de la flora y de la fauna, de las costumbres y tradiciones locales. De otro modo aparecerían sin sentido muchos versos que, por el contrario, lo tienen y muy agudo con frecuencia.

El cuadro quedaría incompleto si no paráramos mientes en consecuencias que a primera vista nada tienen que hacer con la celebración, pero que son las que le dan su más dramático sentido. Por eso aludimos al papel del carnaval como estimulante de sociabilidad, como antídoto contra el aislamiento y la adustez del carácter, la bastedad y zurdería en los gestos y en el trato. Recordamos que en función de él se manifiestan íntimas apetencias psicológicas, reconocibles sólo después de contacto directo y reiterado con el pueblo. Fueron ejemplos, la puja por consolidar prestigio a base de ostentación y de alardes; el ansia de variar la monotonía de la vida retraída; la tendencia a manifestar ruidosamente la libertad de que se goza; la aspiración a nivelar estratos sociales habitualmente diferenciados.

Con dolor comprobamos que esta igualación se produce, por desgracia, en el más bajo nivel, pues a todos confunde la predilección por la bebida y las degradantes escenas de beodez.

Son semillas cuyos frutos nefandos no podemos callar como si fueran totalmente ajenos. Los hijos concebidos en tales condiciones exhiben en sus caracteres somáticos y psíquicos, en sus debilidades y en sus taras hasta dónde llega el mal.

Por fin, para no seguir con la ejemplificación inacabable, recordemos la influencia de concepciones, compartidas por todos, respecto de la eficacia de las ofrendas propiciatorias y del poder mágico de ciertos actos y palabras,



capaces, según la ingenua creencia, de triunfar de la misma muerte haciendo resucitar el carnaval que todos entierran con esta profunda y justificada convicción.

Trabazón funcional

¡Cuántos caminos, algunos insospechados, debemos recorrer para llegar a la meta! Muchos no integran el carnaval propiamente dicho, ni yo afirmo semejante inexactitud. Pero sí creo que el folklorista empeñado en estudiar la fiesta debe frecuentar previamente todas las rutas para no desorientarse en el camino, para no limitar su visión y pasar por alto lo que no surge

evidente en el sector que se investiga.

No en balde hemos comprobado hasta la evidencia que *todos* los aspectos constitutivos del complejo cultural al que denominamos **conglomerado folklórico** están funcionalmente trabados.

Sólo su conocimiento integral previo hará provechosa y fecunda la investigación monográfica, pues el folklorista dispondrá del cuadro completo dentro del cual elegirá el núcleo conveniente. Contará para esto con la posibilidad de agrupar en forma apropiada, según la naturaleza del tema, todo

el material recogido y documentado, todos los datos que desde cualquier ángulo contribuyan a iluminar la zona sobre la cual se concentre la luz de la investigación.

Aclaraciones y corolarios

No obstante concebir y proponer el *método integral como especialmente aplicable en la etapa de la documentación sobre el terreno*, no resulta por cierto adventicio con respecto a los ciclos o etapas ulteriores de estudio. Por lo contrario, es eslabón intermedio, lazo de unión entre ambos extremos de la cadena metodológica: por una parte, los prolegómenos de la teoría pura, que, solos, desnaturalizarían la ciencia sustrayéndola a la realidad y a la vida; por otra, las conclusiones y las síntesis, deleznable sin duda si se apoyan sobre bases de documentación imperfecta o fragmentaria.

Suponiendo que se ha logrado esta documentación integral, admito que se ha cumplido sólo una jornada, que no por ser intermedia deja de ser esencial. Los datos obtenidos no son fines en sí mismos, sino medios para un objetivo científico más completo. Esta visión total, al desplegar el cuadro del *conglomerado folklórico*, permite precisar sus aspectos más representativos, los que encarnan con mayor evidencia y patetismo sus rasgos característicos, típicos, esenciales. Entre ellos determinará el folklorista qué sector es más afín con sus preferencias o particular capacidad e información. Ese será su campo predilecto; allí ahondará la búsqueda hasta agotar el material. Pero este núcleo no estará desvinculado e inconexo: a su alrededor, como ondas concéntricas de propagación indefinida, irán ordenándose los datos restantes. Pocos serán los que se desechen como intrusos. La gama íntegra de la paleta interviene en el colorido del cuadro; ciertos tonos desde luego más afines con el motivo central, pero proporcionando todos, casi sin excepción, algún matiz que contribuye armónicamente a dar a la imagen impresión de vida auténtica y veraz.

Cuando insisto en la necesidad metodológica de parar atención en “todos los aspectos” folklóricos, no quiero decir que se agote la documentación de

todos los casos individuales, lo cual sería superabundante y enfadoso. Atender a la vivienda, por ejemplo, no significa que deban ser descritas, fotografiadas, medidas, etc., todas las casas existentes; no es indispensable registrar cada refrán, dicho, cuento, copla, tantas veces como personas los proporcionen. Lo fundamental es cerciorarse de que la manifestación está en vigencia desde tiempo indefinido; adquirida esta certidumbre, el tino del folklorista sabrá elegir los casos de “tipicidad representativa”, como modelos o ejemplos de la especie a documentar. Cae de suyo que seleccionará a quienes sepan interpretarla mejor a los fines de la investigación, es decir al informante que más se distinga en el canto, la danza, la doma, el tejido o lo que fuere.

El objeto es compenetrarse del carácter de cada una de las manifestaciones folklóricas, a fin de comprender su naturaleza y descubrir el grado de afinidad funcional y trabazón íntima que relaciona a una con las otras; por consiguiente no se requiere adquirir calidad de especialista en cada asunto. Nadie pretende que el folklorista sea sucesiva o simultáneamente curandero y albañil, trenzador o alfarero, mago o bailarín. No se trata de ejercer el oficio, ni siquiera de ahondar y ofrecer explicaciones de los fenómenos, sino sólo de registrarlos con fidelidad. Y en el plano de la vida folklórica no se manifiestan de manera tan intrincada o compleja que resulten herméticos para el investigador culto.

En todo lo dicho subyace el supuesto de que nos referimos a una investigación determinada, pero nada impide que el mismo folklorista repita íntegramente el proceso en regiones distintas, tantas veces como las circunstancias lo permitan. En realidad, ese sería precisamente el caso ideal, por lo que significa como multiplicidad de experiencia y por las perspectivas que abre a los estudios comparativos, indudable meta final de estas pesquisas. Y más aun. Soñando utópicamente con vastos recursos, comprensión del problema, capacidad técnica, sentido de la responsabilidad y del trabajo, sano espíritu de equipo y otras condiciones, imagino la posibilidad de formar científicamente un cuerpo de investigadores, que, de acuerdo con un plan rigurosamente meditado, tanto en su orientación como en sus detalles técnicos, se lancen a la empresa. En Irlanda, por ejemplo, son 150 los colectores de la

“Folklore Commission” que están dedicados “full-time” a la documentación de campo. Calcúlese lo que podría hacerse en nuestro país, cuya extensión es treinta veces mayor que la de aquella isla. Por el momento y modestamente me limito a insistir en la conveniencia de llegar a una correlación metodológica, por lo menos en los países americanos que ofrecen parejas circunstancias. Si se logran materiales susceptibles de ser comparados entre sí se podrá ascender a las conclusiones y a las síntesis, que, con métodos propios, han alcanzado ya brillantemente algunos investigadores argentinos; aspiramos a que lleguen a esa madurez otros frutos que todos consideramos en agraz.

Aspiraciones

Fundamenta esta tesis no sólo una razón causal: la funcionalidad de los fenómenos folklóricos, sino también un motivo teleológico: la suprema finalidad de aprehender lo más recóndito, lo más propio y auténtico del folklore en estudio.

El grupo humano acaso nos confíe así el secreto de sus motivaciones más íntimas y sabremos cuál es su imagen del mundo, su concepto de la vida y de la muerte; qué impulsos mueven preferentemente sus acciones y qué temores las paralizan; dónde residen sus destrezas y cómo se satisfacen sus necesidades; cuáles son sus vicios y defectos y si hay acaso virtudes redentoras; gustaremos el desahogo estético de su alma y ahondaremos en el misterioso repliegue de su magia; en fin, en una palabra, procuraremos captar desde el rasgo señero de su vida colectiva hasta la proyección de su alma en el mundo sobrenatural.

Logrado este objetivo, se puede trascender del ámbito escuetamente científico para cumplir la finalidad patriótica de conocer a fondo, sin prevenciones ni sentimentales arranques, núcleos humanos que constituyen la nación, dentro de cuyos dilatados límites hay muchos compatriotas a quienes sentimos como extranjeros porque son exóticos para nosotros mismos sus modos típicos de vida.

Y más allá todavía. Para la ciencia no hay fronteras. En cuanto más profundicemos el examen de un caso, más lo vincularemos con la unidad indisoluble de la cultura humana, proteiforme pero eterna, localizada pero universal. Y así también, universal y eterno es el folklore, expresión quintaesenciada de la potencia espiritual del hombre.

*El Carnaval en el folklore calchaquí. Con una
breve exposición sobre
la teoría y la práctica del método folklórico
integral*

Primera Edición Buenos Aires, 1940
Segunda Edición Salta, 2008

